

## VIGENCIA DE LAS HUMANIDADES: LA LITERATURA

---

Giuseppe Bellini

### 1. *Preliminares*

El tema que se me ha propuesto es de gran relevancia: implica, según mi entender, la existencia, la permanencia del hombre. Yo creo que todo el porvenir, así como el pasado, depende del buen provecho que la humanidad haga de las llamadas "Humanidades", pues ellas sirven para que el hombre sea realmente hombre, o sea criatura humana, no tanto culta, como humana en sus comportamientos y en sus fines.

Y entre las Humanidades, entiendo que la literatura comprende todos los aspectos de las disciplinas que se reúnen bajo este nombre, así que de ella hablaré, que es, por otra parte, el ámbito a que me he dedicado y que mejor conozco. Mis referencias irán, prevalentemente, a la literatura hispanoamericana, pues en América nos encontramos, y a su creación literaria específicamente me dedico.

### 2. *Definición de "Literatura"*

Literatura quiere decir pintura, arquitectura, filosofía, historia, sociología, lenguaje, porque la literatura es todas estas cosas al mismo tiempo, las reúne o resume todas: pintura por el uso que hace (de este arte de representación y sus cromatismos; arquitectura por sus construcciones internas; filosofía porque literatura es pensamiento, filosofar con directa participación sobre las cosas del mundo y en ellas fundamentalmente sobre el significado del hombre; historia, porque es testimonio de las épocas, surge de ellas y las interpreta; sociología,

través del cual la literatura se expresa. Valga en este último caso un ejemplo, el de Miguel Ángel Asturias, cuando escribe: "¡Cuántos ecos compuestos o descompuestos de nuestro paisaje, de nuestra naturaleza, hay en nuestros vocablos, en nuestras frases!"<sup>1</sup>

Escribe Diego Sánchez Meca que en la actualidad la filosofía "se interesa y se ocupa de un modo nada periférico de la poesía y del lenguaje poético, del relato de ficción, de la novela, del teatro y del ensayo, pudiendo responder sin ningún rubor a la advertencia según la cual el filósofo, para ser tomado en serio en la época de la ciencia, debería atenerse a un modelo de racionalidad que poco habría de tener que ver con las emociones o el lirismo en que se mueven los poetas".<sup>2</sup>

También podemos afirmar que, precisamente por todo esto la literatura es fuente primaria de la filosofía. La emoción, el lirismo, no eliminan la reflexión, sino que acentúan su significado, son parte de ella, así que la literatura, no es únicamente objeto sobre el cual el filósofo puede reflexionar, sino que es al mismo tiempo, lirismo, belleza y pensamiento.

Son precisamente el lirismo, la emoción, la participación viva a todo lo que significa humanidad, que hacen que la literatura sea tan vigente y, represente a todas las demás "Humanidades". Un sistema filosófico es algo determinado, completo, inmodificable, que encuentre o no encuentre la "verdad". La literatura, al contrario, es fuente de pulsiones múltiples, se presta a infinita interpretación, la revivimos continuamente

<sup>1</sup> M. A. Asturias, *La novela latinoamericana como testimonio de una época*, conferencia inédita del Autor en varias Universidades italianas durante el invierno de 1963.

<sup>2</sup> D. Sánchez Meca, "Filosofía y literatura o la herencia del romanticismo", en AA.VV., "Filosofía y Literatura. Historia de una relación e interna reflexión crítica", *ANTHROPOS*, 129, 1992, p. 11.

encontrándonos en ella a nosotros mismos en los momentos más diversos de nuestro ser. Con razón se expresaba Unamuno, a propósito del Quijote, afirmando que lo que en la obra maestra de las letras hispánicas le importaba no era tanto lo que había querido decir Cervantes: "Lo vivo es lo que yo allí descubro, pusiéralo o no Cervantes, lo que yo allí pongo y sobrepongo y sotopongo, y lo que ponemos allí todos. Quise allí rastrear nuestra filosofía"<sup>3</sup>

Éste es el gran milagro de la creación literaria, que supera a su mismo creador, en cuanto cada uno de nosotros puede percibir, a más de su mensaje, la infinita gama de significaciones que se esconde dentro de la creación artística, puede profundizar en lo que acaso el autor no haya entendido bien él mismo, podemos sentirnos envueltos en sus mismos problemas, que son los problemas eternos de la humanidad, frente a los cuales el hombre se encuentra constantemente indefenso: su condición en la tierra, los sentimientos reprimidos, la libertad, la muerte.

El mismo Neruda -lo confiesa abiertamente en su Viaje al corazón de Quevedo- encontraría formulados en los versos del gran poeta del siglo XVII hispánico sus propios "oscuros dolores", los que antes él había intentado "vanamente" expresar<sup>4</sup>. Octavio Paz -son sólo algunos ejemplos- vería confirmado, en el quevediano Sueño de la Muerte, su concepto vida-muerte, el hecho de que, como escribe en *El arco y la lira*,

*Vivir es morir. Y precisamente porque la muerte no es algo exterior, sino que está incluida en la vida, de modo que todo vivir es*

---

<sup>3</sup> M. de Unamuno, "Del sentimiento trágico de la vida", en *Obras Completas*, Madrid, Afrodisio Aguado, 1958, tomo XVI, p. 431.

<sup>4</sup> P. Neruda, "Viaje al corazón de Quevedo", en *Viajes*, Santiago de Chile, Nacimiento, 1955, p.13.

*asimismo morir, no es algo negativo. La muerte no es falta de vida humana; al contrario la completa.*<sup>5</sup>

Con toda razón, en un lejano discurso, donde trataba del valor de la literatura hispanoamericana, Alfonso Reyes afirmaba que la literatura "no es una actividad de adorno, sino la expresión más completa del hombre", porque

*Sólo la literatura expresa al hombre en cuanto es hombre, sin distingo ni calificación alguna. No hay mejor espejo del hombre. No hay vía más directa para que los pueblos se entiendan y se reconozcan entre sí, que esta concepción del mundo manifestada en las letras.*<sup>6</sup>

La ciencia, en efecto, por más provechosos que sean sus inventos, puede conducir también a inormes catástrofes, como lo fueron, recordando sólo algunas de las más terribles, las que hace poco ha conmemorado dolorosamente, a los cincuenta años de verificarse, el pueblo japonés, en Hiroshima y Nagasaki.

La literatura no. Su empeño es la interpretación y la defensa del hombre, es oponerse a las injusticias, es instaurar la paz, es defender al individuo, no destruirlo. A través del "confuso esplendor" Neruda fue buscando la presencia, el mensaje del ser americano, bajo los escombros de Macchu Picchu, rechazando las sugerencias de la arqueología, convencido de que

---

<sup>5</sup> O. Paz, *El arco y la lira*, México, Fondo de Cultura Económica, 1967 (2a. ed.), p. 149.

<sup>6</sup> A. Reyes, "Valor de la literatura hispanoamericana", en *Ultima Tule: cito por C. Pacheco (Ed.), Alfonso Reyes: La vida de la literatura*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert/Generalitat Valenciana 5<sup>a</sup> Centenario, 1992, p. 114.

*el hombre es más ancho que el mar y que sus islas, y hay que caer en él como en un pozo para salir del fondo con un ramo de agua secreta y de verdades sumergidas.*<sup>7</sup>

A esto miran las Humanidades: por utópico que sea: a la edificación de un mundo feliz de justicia, donde los derechos humanos son reconocidos. Por eso los que practican artes de guerra, los que suprimen las libertades, le tienen tanto odio a los "literatos", impiden la difusión de la creación artística, persiguen a los intelectuales, cierran las Universidades. Las "Humanidades" son las mayores enemigas de la barbarie.

### *3. El reino del continuo retorno.*

Un gran sistema se establece, en el tiempo, en el ámbito de la literatura, de las Humanidades: toda la creación literaria confluye y se atesora en un *unicum* que opera activamente, eliminando todas las fronteras. No hay poeta, no hay prosista, dramaturgo o ensayista, a pesar de escuelas o tiempo, que no presente en su obra positivas huellas de autores anteriores o hasta contemporáneos suyos. Desde las remotas regiones de la Hélade, Homero está presente en la poesía de José Coronel Urtecho y de Pablo Antonio Cuadra; Virgilio asoma en la *Araucana* de Ercilla, a más del consabido Ariosto; y éste, con Torcuato Tasso y la *Gerusalemme Liberata*, es presencia viva en el *Arauco domado* de Pedro de Oña y las *Elegías de Varones Ilustres de Indias*, de Castellanos. Petrarca no sólo influye en Garcilaso y Cetina, sino que transmite su influencia de un confin a otro del ancho mundo americano, con los primeros poetas novohispanos del siglo XVI, que siguen al refinado madrigalista de "Ojos claros y serenos...", y las traducciones de Enrique Garcés, miembro de la limeña "Academia Antártica", hasta

---

<sup>7</sup> P. Neruda, *Canto General*, "Alturas de Macchu Picchu: XV", en *Obras Completas*, cit., I.

llegar al propio Neruda, el de los *Cien sonetos de amor*, cancionero original, construido con "madererías de amor"<sup>8</sup>, que contrapone de propósito al *Canzoniere* de Petrarca, celebrando en Matilde no ya una Laura idealizada y casi incorpórea, sino una mujer concreta que en el amor se realiza y, en un estilo al fin muy cerca de los ideales del "Dolce Stil Novo", hace vibrar la naturaleza, la selva los arenales, los lagos perdidos", las "cien latitudes", abriendo al poeta una comunicación viva "con la fragancia del mundo"<sup>9</sup>, con el "aroma errante" de los bosques<sup>10</sup>: realización plenamente vitalista en el amor, síntesis del universo.

Porque "presencia" no quiere decir "imitación", siquiera en las traducciones. Cuando Bello traduce el *Orlando Innamorato* de Boiardo, en la versión de Pulci, no hace simple traducción, sino que recrea originalmente el poema que lo ha inspirado. Tampoco es traductor pasivo Mitre en su obstinado empeño con la *Divina Commedia*. Ni, fuera del ámbito de las traducciones, Rómulo Gallegos imita a Baroja, cuya influencia en sus comienzos literarios es evidente, sino que en *Reinaldo Solar* y luego en *Doña Bárbara* y las novelas sucesivas, nos da la medida de su personalidad, de su original interpretación del mundo. Nadie podrá ya confundir a *Doña Bárbara* con una obra de Baroja; la adhesión profunda del autor venezolano a los problemas de su tierra y su manera de manifestarla son inconfundibles, aunque ciertamente le ha ayudado a llegar a este resultado la lección de Baroja, como le ha ayudado a Cela cierto "tremendismo" barojano, su lección de estilo, para ser autor de *La familia de Pascual Duarte*, y la asimilación de la picaresca para su obra

---

<sup>8</sup> P. Neruda, "A Matilde Urrutia", en *Cien sonetos de amor*, Buenos Aires, Losada, 1960.

<sup>9</sup> *Ibid.*, "Mañana", I.

<sup>10</sup> *Ibid.*, VI.

sucesiva. Igualmente, a García Márquez le ha sido provechosa la lectura del *Gargantua et Pantagruel* de Rabelais, a Onetti la de Faulkner, a los narradores del realismo, como Icaza, la de los grandes escritores rusos, a los mismo prosistas y poetas del Modernismo, la lectura de los Goncourt y de otros escritores y poetas franceses de la época, a dramaturgos como Florencio Sánchez el teatro italiano de su tiempo, a los dramas existenciales de Xavier Villaurrutia la lección de Pirandello, al de crítica de las costumbres de Rodolfo Usigli la de las obras dramáticas de Bernard Shaw. Y podríamos continuar al infinito.

La literatura, se podría decir, es una suerte de reino del eterno retorno. En él se encuentran autores de las más distintas orientaciones y épocas y a ellos el escritor vuelve continuamente a través de su cultivo de las "Humanidades". Inaugurando en 1964, en Santiago de Chile, el año shakespeariano, el varias veces mencionado Neruda afirmaba que, detrás de los personajes de Shakespeare, él había descubierto un mundo y más tarde la vida, "tantos hechos, y tantas almas, y tantas pasiones, y toda la vida"; entre los tantos "bardos" que en cada época se asumieron "la totalidad de los sueños y la sabiduría", cerca de Víctor Hugo, de Lope de Vega, de Shakespeare, sobre todo, él ponía al Dante, y concluía:

*Estos bardos acumulan hojas, pero entre estas hojas hay trinos,  
bajo estas hojas hay raíces. Son hojas de grandes árboles. Son hojas  
y son ojos. Se multiplican y nos miran y nos ayudan a descubrirnos:  
nos revelan nuestro propio laberinto.*<sup>11</sup>

Autores grandes y menos grandes, todos útiles para el fin indicado, hasta el pobre poeta menor de una antología que celebra Borges, el cual

---

<sup>11</sup> P, Neruda, "Inaugurando el año Shakespeare", en *Obras Completas*, Buenos Aires, Losada, 1973, 111 (4a. ed.), p. 705.

en su larga vida de poeta mediocre supo expresar un único verso valedero.

“Nos revelan nuestro propio laberinto”, dice Neruda: ésta es la función de las Humanidades, de la literatura. A través de los autores grandes, y hasta de los menos grandes, que han hablado en el tiempo, podemos conocernos mejor a nosotros mismos. Y no son solamente los autores de las épocas áureas de las letras occidentales, europeas, universalmente conocidas, en los cuales, según Alfonso Reyes”, la inteligencia de nuestra América [...] parece que encuentra [...] una visión de lo humano más universal, más básica, más conforme con su propio sentir”<sup>12</sup>, sino los que nos llegan de áreas remotas, de las grandes civilizaciones difuntas, como la náhuatl o la maya. Nadie podrá entender cabalmente la obra de Octavio Paz, sin hacer caso de lo que ella debe a la antigua poesía mexicana, a la filosofía que en ella se expresa, no menos que a la española, especialmente a Quevedo, o a la filosofía de la India. Tampoco Sor Juana Inés de la Cruz, tan cerca de Góngora en su obra poética y de Lope y Calderón en su teatro, podrá entenderse plenamente sin tener en cuenta el mundo indígena en medio del cual ella ha vivido.

Existe una raíz americana profunda, que penetra la creación literaria del continente desde las épocas de la Colonia, así como existe una proyección interior de lo que se produjo en los tiempos primeros del contacto euro-americano. La novela contemporánea, para dar un ejemplo, por más que adopte técnicas nuevas, sacadas de experiencias europeas -Joyce, Kafka, la "école du regard"- o norteamericanas -Faulkner, Dos Passos, Hemingway-, mucho debe también indudablemente a los antiguos cronistas de América, inventores primeros de lo "real maravilloso". Un novelista como Miguel Ángel

---

<sup>12</sup> A. Reyes, "Notas sobre la inteligencia americana", en *Ultima Tule*: cito por C. Pacheco, *Alfonso Reyes: La vida de la literatura*, op. cit., p. 96.

Asturias sería incomprensible en su "realismo mágico" si se olvidara no sólo a Bernal Díaz del Castillo, sino la influencia determinante del *Popol Vuh*, la esencia del pensamiento maya, con su actuación paralela en dos planos, el de la realidad y el de la irrealidad<sup>13</sup>.

#### 4. *Literatura como testimonio y revolución.*

Largo sería el discurso sobre este sistema de "vasos comunicantes", la literatura, cuyo contenido, al momento de pasar a otro vaso se transforma en originalidad. Pero, un problema apremia: ¿Por qué la literatura es tan temida? Contestando, substancialmente, esta pregunta, decía Asturias:

*somos escritores revolucionarios, comprometidos totalmente con nuestros pueblos, con su causa, con su lucha, con su hambre, con la injusticia a que están sometidos, la explotación de que son objeto, su miserabilidad en medio de tierras opulentas, sin estar embanderados en ningún partido, sin una actividad política precisa definida. Y esto es lo que desespera a los que quisieran que los escritores latinoamericanos de la protesta, el testimonio y la denuncia fueran vulnerables por la rigidez de sus concepciones, fanáticos o seguidores de escuelas literarias determinadas. Es la libertad con que el escritor nuestro se mueve en el amplio campo de la vida, lo que garantiza sus posibilidades de atalaya, de inflexible enemigo de los enemigos de nuestros países, de no contaminados con los halagos de los poderosos, de los nuevos rubios conquistadores, y seguro de que escribe para algo más que hacer*

---

<sup>13</sup> M. A. Asturias advierte que el "realismo mágico" es "un relato que va en dos planos: un plano de la realidad y un plano de lo irreal", y que el indígena, al hablar de lo "irreal, "da tal cantidad de detalles de su sueño, de su alucinación, que todos esos detalles convergen para hacer más real el sueño y la alucinación que la realidad misma. Es decir que no puede hablarse de este realismo mágico sin pensar en la mentalidad primitiva del indio, en su manera de apreciar las cosas de la naturaleza y sus profundas creencias ancestrales". Cfr. en L. López Álvarez, *Conversaciones con Miguel Ángel Asturias*, San José de Costa Rica, EDUCA, 1976, p. 166.

*literatura o poesía, para formar no sólo a sus pueblos, sino una conciencia de solidaridad humana en torno a ellos [...]*<sup>14</sup>.

Escribir "para algo más que hacer literatura o poesía". Esta es la característica de la literatura, y de la latinoamericana en particular. En época lejana Federico de Onís, al prologar su edición francesa de una *Anthologie de la Poésie Ibéro-Américaine*, afirmaba que era imposible pensar para América, en una literatura desarraigada,<sup>15</sup> y sucesivamente, en varias ocasiones, escritores latinoamericanos han declarado acertadamente que la literatura es siempre revolucionaria, en cuanto su finalidad primera es cambiar la condición humana. Salvo contados casos, y hasta en un Borges programáticamente opuesto al llamado "compromiso", o sea al compromiso político, siempre la literatura ha desarrollado esta tarea. No se explicaría de otra manera como el poder la vigile y en ocasiones la persiga.

El compromiso de la literatura no se ha de entender, sin embargo exclusivamente político y social, aunque todo, al fin y al cabo recae en el ámbito del respeto de la persona humana, en cuanto manifestación de una esencial preocupación por su existir y su destino, su condición desamparada frente a los conturbantes problemas que siempre se le han puesto y que ya ponían al mundo americano los poetas de las antiguas civilizaciones: "¿Con qué, he de irme cual flores que fenecen"<sup>16</sup> " ¿Dó

---

<sup>14</sup> M. A. Asturias, "Elio Vittorini, hombre y escritor", en *Latinoamérica y otros ensayos*, Madrid, Guadiana de Publicaciones, 1968, p. 67.

<sup>15</sup> F. de Onís, "Introducción" a *Anthologie de la Poésie Ibéro-Américaine*, Paris, Nagel, 1956, p. 30: "On a parlé, á tort ou á raison, de la deshumanization de l'art contemporaine. Cest un caractère qui ne peut certainement pas etre attribué á la poésie hispano-américaine".

<sup>16</sup> Cfr. J. Alcina Franch, *Floresta Literaria de la América Indígena*, Madrid, Aguilar, 1957, pp. 83-84 : "¿Con que he de irme, cual flores que fenecen?".

es donde he de ir"<sup>17</sup>, "Prestada tan sólo tenemos la tierra, oh amigos",  
"¿Nada dejaré en pos de mí en la tierra".<sup>18</sup>

Una larga tradición, en todos estos sentidos, nos presentan las letras universales, desde y antes del Dante, quien denunciaba "come sa di sale lo pane altrui" y cuán dura era la fatiga del "scendere e il salir per l'altrui scale",<sup>19</sup> dentro y fuera de la literatura en lengua castellana. Para ceñirnos a ésta, la protesta política ya nace con los albores literarios de Castilla: en el *Cantar de mio Cid*, contemplando al futuro "campeador" y a su "mesnada" camino de un injusto destierro, la gente, escondida tras las ventanas de las casa por miedo a la venganza del rey, no puede menos de exclamar: "¡Dios, qué buen vassalo! ¡Si oviesse buen señor".<sup>20</sup> Tiempo después, en su *Rimado de Palacio*, el Canciller de Castilla, Pero López de Ayala, quien vivió los tiempos sangrientos de las luchas entre don Pedro el Cruel y Enrique II de Trastámara, nos ofrece un cuadro que es todavía de gran actualidad, denunciando la corrupción de su mundo, regido por reyes que se rodeaban de privados sin escrúpulos, donde todo era corrupción, y la única finalidad de la vida parecía ser la de amontonar riqueza. Sin pensar que

*Todas estas riquezas son niebla e rocío,  
las honras e orgullo, e aqueste loco brío;  
échase ome sano e amanece frío,  
ca nuestra vida corre como agua de río...*<sup>21</sup>

---

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 80: "¿Dó es donde he de ir?".

<sup>18</sup> *Ibidem*, "¡Vano empeño!". Cfr. sobre todo A.M. Garibay, *Historia de la literatura náhuatl*, México, Fondo de Cultura Económica, 2 vols., 1953: 1.

<sup>19</sup> Dante, *Divina Comedia*.

<sup>20</sup> *Poema de mio Cid*, ed. de M. E. Lacarra, Madrid, Taurus, 1983: "Cantar I", v. 20.

<sup>21</sup> P. López de Ayala, *Libro rimado del Palacio*, Edición, estudio y notas de I. Joset, Madrid, Alhambra, 1978.

Son éstos los antecedentes de las *Coplas* famosas de Jorge Manrique, de ese pasaje terrible y altísimo, que queda grabado para siempre en nuestra memoria: "Nuestras vidas son los ríos / que van a dar a la mar, / que es el morir".<sup>22</sup> "Gran Cantar", lo definirá Antonio Machado<sup>23</sup> y Neruda, íntimamente sugestionado por estos versos, procurará reaccionar, dándonos la imagen de un Manrique arrepentido de haber cantado la muerte y convertido, si pudiese volver a vivir, a la radiante primavera humana, sobre un fonal de esperanzado paisaje:

*Por la abierta ventana  
se extendían las tierras,  
los países, la lucha, el trigo,  
el viento.*<sup>24</sup>

Heráclito recorre desde la época del Canciller Ayala hasta nuestros días la poesía castellana y la hispanoamericana, a través del gran vehículo transmisor de Quevedo. Es todo un: "es imposible detener el agua que corre", "el agua no vuelve atrás", "Huye, sin percibirse, lento el día"<sup>25</sup>, para afirmar la extrema fragilidad del hombre, o, en algunos casos, como lo hace Octavio Paz, su desesperada soledad:

*Después del tiempo", pienso, "está la muerte  
y allí seré por fin, aunque no sea".  
Mas no hay después ni hay antes y la muerte  
no nos espera al fin, está en nosotros*

---

<sup>22</sup> J. Manrique, *Coplas por la muerte de su padre*.

<sup>23</sup> A. Machado, "Glosa", en Manuel y Antonio Machado, *Obras Completas*, Madrid, Plenitud, 1947, p. 903.

<sup>24</sup> P. Neruda. "Oda a don Jorge Manrique, en *Nuevas odas elementales*, Buenos Aires, Losada, 1954.

<sup>25</sup> F. de Quevedo. *Obras Completas*, I: "Poesía original", al cuidado de J.M. Blecua, Madrid, Planeta, 1963, p. 17.

*y va muriendo a sorbos con nosotros.*<sup>26</sup>

Frente a esta perspectiva, al límite que condena al hombre, todas las ilusiones humanas -poder, riqueza- pierden consistencia. La literatura se encarga de encaminarnos hacia distintos fines, que son el rescate de la condición humana, la libertad, la justicia.

##### *5. La utopía del mundo feliz.*

Y nace la utopía. La literatura la cultiva, se diría, para consuelo de sí misma y de la humanidad. Casi todo escritor, en determinado momento, prospecta la posibilidad de un mundo diverso del que ha denunciado. Los místicos lo ven en el más allá; Fray Luis de León se contenta con una huerta apacible, donde única voz es el susurro del agua; Garcilaso crea un mundo de selvas y ninfas; Góngora se pierde en sus *Soledades*; Quevedo se tranquiliza viendo en la muerte una solución que su bien prepara; Sor Juana evade de las estrechas paredes de su celda en la construcción barroca de su *Primero Sueño*. Son todas fugas de la realidad, refugio más para el síngulo que para los demás hombres que viven en la tierra.

Hay que llegar, en efecto, a tiempos modernos para que el individuo, la humanidad, sean objeto conciente del artista, para que éste piense en nuevas utopías que representen para todos el reino feliz, por más que la tradición utópica sea antigua y haya florecido también en América y sobre América, antes y después de la gran utopía de la historia americana, que fue la de la gran unión de Bolívar. El artista ha dejado ya de considerarse a sí mismo solamente, ha rechazado el aburrimiento leopardiano, el cansancio existencial de un José Asunción Silva, el

---

<sup>26</sup> O. Paz. "Cuarto de Hotel", en *Libertad bajo palabra*, México, Fondo de Cultura Económica, 1960.

"esplín" de "enfant gaté" de la mayoría de los modernistas, para devolver al hombre su centralidad dentro de sus preocupaciones.

No se trata tanto del mito vasconceliano de la "raza cósmica", sino siempre de la lucha entre civilización y barbarie, como en su tiempo lo planteó, entre otros, Rómulo Gallegos, del rescate del género humano, de la libertad de su propia tierra, no siempre solamente "tierra prometida", soñada, como la cantó Pablo Antonio Cuadra. Y por encima de todo la libertad.

Ya en su época el Libertador de América, en el *Discurso de Angostura*, llamaba la atención de los miembros del Congreso sobre los muchos sistemas que existían de "manejar hombres, mas todos para oprimirlos", sobre la humanidad transformada en "Rebaños destinados a alimentar a sus crueles conductores".<sup>27</sup> La literatura nuestra contemporánea lucha efectivamente contra este destino, como han luchado grandes figuras del pensamiento latinoamericano: el chileno.

Francisco Bilbao, el cual, como ya Bolívar, veía el peligro del nuevo imperialismo yanke; el uruguayo José Enrique Rodó, quien en *Ariel* defiende la América del espíritu contra la del materialismo; o los argentinos José Ingenieros y Manuel Ugarte, todos defensores, ya que no de una imposible unidad política sudamericana, de una imprescindible unidad espiritual, la que se obtiene a través de la cultura, de las Humanidades, precisamente. Comenta Leopoldo Zea a propósito de estos apóstoles de la unidad por el espíritu:

---

<sup>27</sup> S. Bolívar. "Discurso pronunciado por el Libertador ante el Congreso de Angostura el 15 de febrero de 1819, el día de su instalación", ahora en *Simón Bolívar*, Notas, prólogo y selección de A. Baeza Flores, San José de Costa Rica, Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 1976, p. 158.

*La posibilidad de integración de esta América la harán descansar en la mente y en las acciones derivadas de lo mismo. La cultura y la educación formadora de la mente, como instrumento de esta posibilidad. Es esta preocupación la que animará el movimiento de Reforma Universitaria en Latinoamérica, que tiene inicio formal en la Universidad de Córdoba, Argentina, en 1918. "Estamos viviendo una hora americana", dicen sus líderes. En los últimos años la misma preocupación integradora de nuestra América por la mente, por la educación y la cultura normarán los esfuerzos que se vienen ya haciendo en el campo de la investigación, la enseñanza y la difusión de los estudios que se realizan sobre la América Latina en diversas instituciones latinoamericanas de educación superior.<sup>28</sup>*

Lo cual significa realización completa del hombre dentro de esta unidad espiritual. En la creación literaria propiamente dicha, quien parece haber dado más voz a este compromiso, a pesar de todas sus contradicciones, es, en el mundo americano, Pablo Neruda. En *Fin de mundo* ha declarado que función del poeta es no solamente denunciar las tragedias del hombre en su existir, sino alentarlos en sus derrotas, que obstinadamente considera transitorias, para alcanzar esa mítica hora "alta de tierra y de perfume" que ya nos presentaba en "Reunión bajo las nuevas banderas"<sup>29</sup>. Deber del poeta es "vivir, morir, vivir"<sup>30</sup>, o como el mismo Neruda explicó,<sup>31</sup> tomar parte en la vida del hombre, vivir y morir con él, y volver nuevamente a vivir en función del "hombre infinito", indestructible a pesar de las muchas muertes individuales. Deber del poeta es continuamente infundir la esperanza.

---

<sup>28</sup> L. Zea, *Simón Bolívar, integración en la libertad*, Caracas, Monte Avila, 1989, pp. 139-140.

<sup>29</sup> P. Neruda, "Tercera Residencia", en *Obras Completas*, op. cit., I.

<sup>30</sup> P. Neruda, "La puerta", en *Fin de mundo*, Buenos Aires, Losada, 1969.

<sup>31</sup> Conferencia en Milán el 10 de marzo de 1972, con motivo de presentar mi traducción de *Fin de mundo* (Editorial Academia).

Éste es el significado profundo de la literatura. Su estudio en las Humanidades no solamente proporciona al hombre la medida de sí mismo, sino que lo hermana con los otros hombres, para que juntos sigan un camino que los lleve a su plena realización. La literatura, como fuente de hermandad, además que de sabiduría, de conocimiento del mundo. No solamente el consuelo borgesiano de "Dejar un verso para la hora triste / que en el confín del día nos acecha"<sup>32</sup>, sino hacer que todo dé fruto en la libertad. El libro, no como fruición individual que aisle del mundo -así lo celebró Quevedo en su hora amarga, "Retirado en la paz de estos desiertos",<sup>33</sup> la Torre de Juan Abad-, sino como participación en la vida de la humanidad, partiendo de ese nerudiano "olor amargo"/ con la claridad de la sal", que es el "árbol del conocimiento".<sup>34</sup>

Y ante todo, medio para conocernos a nosotros mismos. Hace pocos días -cómo las cosas son regidas también por la casualidad-, de entre los muchos libros de una Biblioteca que acababa de adquirir para mi "Centro de Estudios latinoamericanos", salió de repente un opúsculo interesante y era el discurso de don Horacio Cárdenas, de la Universidad Central de Venezuela, con motivo de la inauguración, en 1956, de la entonces Escuela de Humanidades de Mérida. Un documento que me salía al paso oportunamente. Creo que merece la pena recordar las palabras finales de dicho discurso; concluía el profesor Cárdenas recordando que

---

<sup>32</sup> J. L. Borges, "A un poeta menor de 1897", en *Obra poética*, Buenos Aires, Enece, 1964.

<sup>33</sup> Cfr. F. de Quevedo, *Poesía original*, cit., p. 105.

<sup>34</sup> P. Neruda, "Los libros", en *Memorial de Isla Negra*, I: *Donde nace la lluvia*, Buenos Aires, Losada, 1964.

*Como profesión y vocación, las humanidades deben ser para nosotros los venezolanos que vivimos una hora de crecimiento, que vemos casi diariamente surgir en cada esquina una nueva Venezuela, un necesario equilibrio para acrecentar nuestra cultura, para enseñar y convencer al compatriota que existen otros menesteres en los que cuenta el espíritu. Un humanismo modelado de acuerdo con nuestro propio ser y que a su vez, como tarea de cultura, nos vaya clarificando las ideas sobre lo que somos y podemos llegar a ser. Un humanismo que nos conlleve a las estructuras de nuestra tradición y de nuestra existencia y nos vaya convirtiendo en dueños de nuestra autenticidad. Ante tal anhelo, el estudio de las humanidades cobra su sentido pleno y fecundo como tarea, quizás un tanto hazañosa, de reconducirnos hacia nuestro propio ser y nuestra propia cultura.<sup>35</sup>*

---

<sup>35</sup> H. Cárdenas, *Mérida y su Escuela de Humanidades*. Caracas, Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela, 1956.